

Prólogo

Con *Lapidaria*, Paulo Gatica, uno de los especialistas que mejor conoce el aforismo actual en lengua española, da el salto desde la reflexión teórica y la crítica o el comentario de texto a la creación aforística propiamente dicha. Se trata, sin duda, de un salto arriesgado, en el que otros muchos estudiosos de la literatura que lo habían intentado antes habían acabado perdiendo lamentablemente pie, pero que, en esta ocasión y por fortuna para el autor y para sus lectores, ha culminado en un grácil y elegante aterrizaje. El conocimiento teórico y la reflexión continuada sobre el género no han anulado la capacidad creativa del autor, sino que, por el contrario, la han enriquecido y han dotado a su escritura de una sabia autoconciencia que confiere a sus textos un espesor y una densidad singulares. Los aforismos de Paulo Gatica son breves, pero complejos, y exigen del lector un doble o un triple movimiento interpretativo. Lo aparente —lo que revela esa primera lectura— oculta muy a menudo una red de sentidos adicionales que requiere y exige nuevas relecturas. En uno de sus textos afirma que «el aforismo,

cuando acierta, da en el blanco como mínimo dos veces», y hará muy bien el lector en no olvidar este principio, porque a él se pliegan muchos de los textos a los que ha de enfrentarse en este luminoso libro. El autor elude lo obvio y lo evidente y su escritura se convierte en exploración que nos compromete en una lectura activa y creadora en la que el goce consiste precisamente en el hecho de participar en un proceso de desvelamiento que se despliega en momentos/movimientos sucesivos. No es, por lo tanto, una oscuridad o una dificultad artificiosa y falsa, sino la consecuencia lógica de una escritura que se plantea como ejercicio de indagación y búsqueda y que ofrece en el texto un territorio abierto por el que el lector puede transitar de formas diferentes, realizando recorridos diversos en busca de un sentido plural que se postula como recompensa. No es algo que se da gratuitamente, sino algo que se logra o se consigue, y que exige compromiso y esfuerzo. Frente a los aforistas que lo juegan todo a la carta de la sorpresa y que cierran sus textos con un golpe de efecto, dejando anonadado al lector y atado y bien atado el sentido, el autor de este libro prefiere que sus textos se conviertan en materia nutricia, que, como quería Nietzsche, debe ser retomada una y otra vez para ser *rumiada*. Poética de la complejidad, por lo tanto, frente a efectismo grandilocuente. Aforismos sonda que se hunden en las profundidades o que se elevan abriendo caminos e iluminando espacios, y que

por ello mismo se inscriben en la tradición de una aforística de riesgo y exigencia que conforma lo más valioso del género (y entiéndase que esto último es, simple y lógicamente, una opinión personal).

Desde el punto de vista temático, el libro, que está cuidadosamente construido y responde a una medida conciencia arquitectónica —con esa simetría del «Umbral» de inicio y el «¿Umbral?» de cierre— se ofrece como un ejercicio de introspección en el que el autor explora su propia condición humana —sus límites, sus fragilidades, sus temores, sus condicionamientos— y también su relación con el mundo y con los otros (son producto, en muchos casos, de una reflexión que se alimenta de la experiencia vital). Aunque tampoco faltan los aforismos que plantean cuestiones relacionadas con la literatura o el lenguaje, o aquellos otros que tienen una clara orientación moral y se aproximan a la máxima clásica. En cualquier caso, todos ellos, como se sugiere en el texto con el que arranca el libro, buscan una verdad que trasciende lo individual, pero que, paradójicamente, acaba delimitando y dibujando un espacio abierto, de «plena ausencia y posibilidad». No son certezas apodícticas, sino mecanismos verbales de indagación, que se activan a partir de tensiones tácitas irresueltas (y seguramente irresolubles). Y en ello reside su riqueza, su densidad, su capacidad de sugerir y trascender la literalidad y, en última instancia, su efectividad.

Lapidaria, de Paulo Gatica, es un libro excelente que nos desafía y nos exige, pero que, por eso mismo, nos recompensa y nos nutre. Estamos de suerte sus lectores porque con él recuperamos y revivimos lo más destacado de nuestra tradición aforística. Y esto, que puede parecer poco pero que no lo es, nos reconforta, además, en un momento en el que el efectismo inane y vistoso amenaza con suplantarse la potencia de un género que no admite compromisos y cuya supervivencia dependerá siempre del éxito de unas pocas palabras bien dichas, sin engaños ni disfraces de ocasión. Sabiduría, honestidad y profundidad, y, en consecuencia, genuino goce lector. ¿Qué más se puede pedir?

JOSÉ RAMÓN GONZÁLEZ